



Rodrigo Díaz-Pérez

▽△

La ventana

A fines de la década del treinta vivía yo en Francia en uno de esos pueblecitos grises apagados y silenciosos donde nunca sucede nada. Trabajaba en París y me valía del ómnibus para hacer mi diario peregrinaje, lo cual era molesto pero seguro. Alquilaba una granja y los fines de semana los dedicaba a trabajar afuera, como una distracción, o mejor como un ejercicio, pues eso de estar todo el día en una oficina rodeado de caras ceñudas y rabiosas, ciertamente no era un sistema de vida que beneficiara mi salud. Como a cuarenta metros, casi enfrente, vivía *madame* Cassier una viuda en sus primeros cuarenta años (no sé, a lo mejor solamente en los treinta), muy atractiva, cuya única compañía era un perro blanco lanudo, que ladraba por cualquier razón y que, a fuer de sincero, me parecía un perro cretino. La casa de *madame* Cassier era sencilla: tenía dos pisos y un patio enorme con árboles frutales y una huerta cuidada por un jardinero que venía puntualmente todas las mañanas. Los domingos, cuando me quedaba en casa, leía los periódicos y me ponía al día con mi correspondencia, lo que nunca fue para mí una tarea tediosa, ya que siempre, felizmente, tenía algo que decir. Y cuando concluía con mi rutina, me sentaba en la sala, prendía mi pipa y miraba cualquier cosa para descansar la vista. A ratos perdidos, mi atención se dirigía hacia la casa de *madame* Cassier. La

puerta de abajo, estaba casi siempre abierta, pues sacaba a cada rato a su perro. La ventana —46→ de arriba permanecía cerrada. Una vez, me fijé en los detalles de la ventana: tenía uno de esos marcos de madera gris enorme, como los hacen en Francia; y encajada en él la ventana desteñida y herméticamente cerrada. No conocía nada de la casa ni de la vida de *madame* Cassier y no pude imaginarme cómo vivía ni qué hacía sola en ese caserón, tan grande para ella. Pero no debo ser curioso. ¿Acaso ella alguna vez, después de saludarme se interesó por saber algo de mí? Yo sabía mucho: que era viuda e interesante. Y eso a veces es suficiente...

Por las noches la casa de *madame* Cassier tenía abundantes luces en la planta baja; si uno pasaba cerca, podía escucharla tocando el piano. Yo hacía mis caminatas todos los días. Y ella también. Pero siempre en dirección opuesta. No quiero decir que fuera intencional, pero por cierto que cuando yo salía hacia el edificio de Correos, ella (yo miraba para atrás y la veía) se iba a la tienda al otro lado del pueblo. Y estaba bien. No quería complicaciones y a lo mejor ella tampoco. Pero hubiera sido agradable invitarla en los largos y duros días de enero a tomar una copa de *cognac* o un buen vino generoso, que había traído de Málaga. ¿Sería posible? ¿Pensaría ella lo mismo? Era evidente que ambos teníamos una alta dosis de timidez y nunca haríamos nada por romper el hielo que nos separaba. Me imaginé su casa y la disposición de sus cosas varias veces y llegó a obsesionarme el deseo de saber con seguridad cómo vivía, dónde dormía, dónde estaban las diversas dependencias, etc. Aunque ello me hubiera sido fácil estudiando el tipo de casa. Tenía la certeza de —47→ que dormía arriba, pero una cosa me hizo pensar en algo diferente: ¿cómo es que nunca vi una luz en la planta alta? Porque, para ser franco, últimamente la espiaba. Hasta compré un anteojo de larga vista para tener la certeza de sus pasos. Me sentaba en la más completa oscuridad. (¿Podría *ella* estar haciendo lo mismo?) y la estudiaba todos los días. Después de su paseo con el perro, se sentaba en la sala. Leía los diarios, a veces algún libro. La tenía cerca de mí. Como a un metro, con el magnífico anteojo que me compré. Fui mejorando cada día mi visión. Cuando las cortinas estaban abiertas, la podía «tocar» con los ojos. No me cupo la menor duda: *madame* Cassier me atraía. Y esto nada más que últimamente. Era el producto de mi soledad. Mis escasos treinta años indicaban en un hombre la flor de la vida, y yo me sentía agobiado al atisbar cada noche a mi querida vecina. Ya la llamaba *querida*, le buscaba nombres, le ponía apodos dulces, y hasta discutía con ella. Esa mañana fui a París decidido: me traje un telescopio poderoso que me costó la friolera de siete mil francos. No me arrepentí de ello. A la noche, cuando mi joya prendiese la luz, probaría mi ayudante ocular. En realidad me daba un poco de vergüenza. Era como una intromisión canallesca en su casa. Pero qué le voy a hacer. La curiosidad mata al hombre, a veces, y otras despierta avenidas de grandes descubrimientos.

No llegaba la noche. Miraba el reloj y las manecillas no se movían. Pero hay que tener paciencia. Con su ayuda se gana cualquier cosa y, ahorita mismo, lo que yo esperaba era una cita indestructible que llegaría con seguridad. Fui —48→ observando, como un pintor impresionista, todos los matices de la tarde. El crepúsculo es lento. Una agonía. Ajusté los tubos, hallé los focos apropiados, las posiciones más cómodas para no cansarme. Y la inquietud de saber que estaría aún más cerca. Probé a mirar pero, sin luz adentro, nada pude ver. Un incierto marrón y nada más. Tenía que esperar. Coloqué el telescopio detrás de la puerta; por la noche lo llevaría hacia la ventana: mi astronomía me tenía inquieto y hasta nervioso. No prendí la luz. Apenas veía dentro de casa. Quería dar la impresión de que aún no había vuelto de la oficina (por si ella *también* supiese de mis pasos). ¡Por fin la noche! Con impaciencia moví el telescopio y lo coloqué frente a

la ventana. Respiré hondo para evitar el temblor de mi pulso y darme confianza. Las luces del piso bajo estaban todas prendidas. Espléndido. Comenzaría por el techo, para medir distancias. No vi nada. Necesitaba ayuda; la luz de la luna se vuelve difusa y pobre con un aparato tan poderoso. Y fui directamente al sillón de *madame Cassier*. *Le Monde*: «Peleas en Etiopia». ¡Todo tan claro! La cara estaba oculta por el diario pero le veía los dedos. Un anillo brillaba. Movía las piernas y las cruzaba de vez en cuando. Tenía puesto un vestido muy estrecho: hasta exhibía la parte inferior de los muslos y las piernas. Largó por fin el diario y la pude ver de cerca. Los senos se delineaban perfectamente y la cintura era más bien fina. Al menos, así parecía. Para estar seguro tenía que verla caminar. Le miré los ojos. No alcanzaba a ver bien claro, pero me los imaginaba verdes como su vestido. De repente —49→ se tocó los pechos y se ajustó la ropa. Y se levantó. Las nalgas estaban perfectamente marcadas y la vi moverse. No. No podía tener cuarenta años. Si hasta parecía una adolescente. La seguía. Caminaba alrededor de la sala y se desperezaba con frecuencia. Se dirigió hacia una puerta y por un momento, se perdió de vista. Observé la casa. Un cuadro, posiblemente una copia de Monet (*¿Jardines de Argenteuil?*) parecía tocar mis ojos. Vi hasta la niña jugando con el aro, las macetas, las flores; todo. Y seguí moviéndome. Hasta que la puerta se abrió de nuevo.

Volvió. Estaba desnuda. La miré con avidez y se vino directamente a la ventana y la fue cerrando de a poco, no sin antes lanzar una sonrisa enigmática. Se detuvo un rato y miró directamente arriba. Yo la seguí explorando. Se tocó las tetas, las levantó hacia mí. Se distinguía el marrón de los pezones y sus manos, alzándolos. Ella estaba segura de que nadie la veía. Apagó la luz y quedé asombrado. Mi telescopio era maravilloso. Sin prender las luces de mi casa, seguí un largo tiempo quieto, mirando la casa de *madame Cassier*, que era un montículo gris confundido con la noche. Y de repente se abrió la ventana de arriba. Por vez primera desde que vivo en esta casa. Tuve que hacer toda clase de cambios del montaje de mi telescopio para observar la misteriosa habitación. Con el pesado cajón, pude llegar al ático frente a la casa de *madame Cassier*. Ya era un experto. Pocos instantes después, la seguí mirando. Ahora estaba en la cama sentada, desprendiéndose el pelo. Levantó las sábanas y se tendió plácidamente. Yo rogaba que —50→ no apagara la luz. Sin taparse, dio dos o tres vueltas y se puso de espaldas. Yo seguí mi ruta estelar sin ganas de concluirla. Se pasaba las manos por las nalgas y se movía muy lentamente. Y de repente, como tocada por un resorte, apagó la luz y quedé a oscuras. No creo que exista una situación más ridícula que la de un hombre en un ático, con un telescopio perfectamente inútil.

A la semana siguiente, estaba yo tramando de nuevo mi astronomía cuando súbitamente escuché tres suaves golpes en la puerta. No era de noche y no podía yo pretender que no había nadie en la casa. Abrí la puerta. Era *madame Cassier*, con su vestido verde y su sonrisa dulce. Me pasó un sobre y me dijo:

-De la casa *L'opticien* de París. Me dijeron que era la cuenta del telescopio que usted compró y que por favor se lo entregara.

Le agradecí su amabilidad. Y sentí que el destino me había tramado una miserable jugarreta.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

